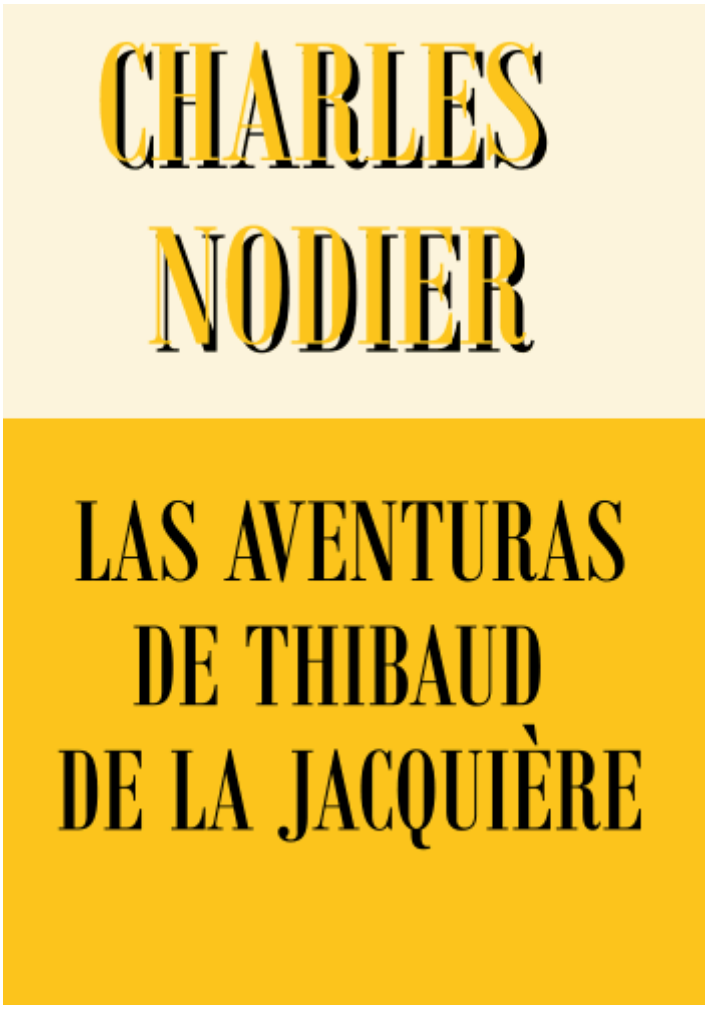
LAS AVENTURAS DE THIBAUD DE LA JACQUIÈRE

CHARLES NODIER



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Un rico mercader de Lyon, llamado Jacques de la Jacquière, llegó a ser reboste de la ciudad a causa de su probidad y de los grandes bienes que había adquirido sin manchar, por ello, su reputación. Era caritativo con los pobres y bueno con todo el mundo.

Thibaud de la Jacquière, su único hijo, era de humor diferente. Era un muchacho apuesto, pero también un tunante que había aprendido a romper cristales, a seducir a las chicas y a maldecir junto a los hombres de armas del rey, a quien servía en calidad de banderín. No se hablaba de otra cosa que de las correrías de Thibaud en París, Fontainebleau y en las demás ciudades donde residía el rey. Un día, el rey, que era Francisco I, escandalizado también por la mala conducta del joven Thibaud, le envió a Lyon, a fin de que se reformase un poco en la casa de su padre. El buen preboste residía entonces en un rincón de la plaza Bellecour. Thibaud fue recibido en la casa paterna con mucha alegría. Se ofreció, con motivo de su vuelta, un gran festín a los parientes y amigos de la casa. Todos bebieron a su salud y le desearon que fuera prudente y buen cristiano.

Pero aquellos deseos caritativos desagradaron al joven. Cogió de la mesa una taza de oro, la llenó de vino y dijo:

-¡Sagrada muerte del gran diablo! A él quiero entregar, con este vino, mi sangre y mi alma si no llego a ser más hombre de bien de lo que soy -estas palabras pusieron los pelos de punta a los convidados. Todos se santiguaron y algunos se levantaron de la mesa. Thibaud se levantó también y fue a tomar el aire en la plaza Bellecour, donde se encontró con dos antiguos camaradas, malos tipos como él. Les abrazó, les invitó a entrar en casa de su padre y se puso a beber con ellos. Thibaud continuó llevando una vida que afligía el corazón del buen preboste. Este se encomendó a Saint-Jacques, su patrón, y colocó ante su imagen un cirio de diez libras, adornado con dos anillos de oro que pesaban cinco marcos cada uno. Pero, cuando quiso colocar el cirio en el altar, se le cayó y tiró una lámpara de plata que ardía delante del santo. El preboste vio en este doble accidente un mal presagio y volvió triste a su casa.

Ese día, Thibaud invitó otra vez a sus amigos y, cuando llegó la noche, salieron a tomar el aire en la plaza Bellecour y se pasearon por las calles en busca de alguna aventura. Pero la noche era tan oscura que no encontraron ni doncella ni mujer. Thibaud, irritado por esta soledad, exclamó levantando la voz:

-¡Sagrada muerte del gran diablo! A él le doy mi sangre y mi alma. Me siento tan inflamado por el vino que si la gran diablesa, su hija, acertara a pasar por aquí, le pediría su amor.

Estas palabras desagradaron a los amigos de Thibaud que no eran grandes pecadores como él, y uno de ellos le dijo:

- Amigo mío, piensa que el diablo, enemigo de los hombres, causa ya bastantes males sin que le inviten a hacerlo llamándole por su nombre. El incorregible Thibaud respondió:

-Haré lo que he dicho.

Un momento después, vieron salir de una calle cercana a una joven dama velada que prometía muchos encantos y juventud. Un negrito la seguía. En ese momento el negrito tropezó, cayó de bruces y rompió el farol. Dio la impresión de que la joven se asustó mucho y se quedó sin saber qué hacer.

Thibaud se apresuró a abordarla lo más cortésmente posible y le ofreció el brazo para llevarla a casa. Después de algunos remilgos, la desconocida aceptó, y Thibaud, volviéndose a sus amigos, les dijo a media voz:

-Ya véis que a quien he invocado no me ha hecho esperar, así que... buenas noches. - Los dos amigos comprendieron lo que quería decir y se retiraron riéndose. Thibaud ofreció el brazo a su bella acompañante, y el negrito, al que se le había apagado el farol, caminaba delante de ellos. La joven parecía tan turbada al principio que guardaba el equilibrio con dificultad, pero poco a poco se fue tranquilizando y se apoyó con más franqueza en el brazo de su caballero. De vez en cuando, incluso, tropezaba y le apretaba el brazo para no caerse. Entonces Thibaud se apresuraba a sostenerla y le ponía la mano en el corazón, aunque lo hacía con discreción para no asustarla.

Anduvieron tanto tiempo que al final Thibaud empezó a pensar que se habían perdido por las calles de Lyon. Pero estaba muy a gusto, pues pensó que sacaría mayor provecho de la bella extraviada. Sin embargo, como sentía curiosidad por saber con quién estaba tratando y la joven parecía cansada, le rogó que se sentara en un banco de piedra que se divisaba junto a una puerta. Ella aceptó, y Thibaud, después de sentarse a su lado, le cogió la mano con aire galante y le rogó con mucha cortesía que le dijese quién era. La joven pareció intimidada al principio, pero luego se tranquilizó y le habló en estos términos:

-Me llamo Orladine; al menos es así como me llamaban las personas que vivían conmigo en el castillo de Sombre, en los Pirineos. Allí, los únicos seres humanos que vi fueron mi aya, que era sorda, una criada que tartamudeaba de tal modo que habría sido preferible que fuese sorda y un viejo portero que era ciego. El portero no tenía mucho que hacer, pues no abría la puerta más que una vez al año a un señor que sólo venía a nuestra casa a cogerme de la barbilla y hablar con mi dueña en lengua vizcaína, que yo desconozco. Afortunadamente ya sabía hablar cuando me encerraron en el castillo de Sombre, pues seguramente no habría aprendido con las dos compañeras de mi prisión. En cuanto al portero, sólo le veía en el momento en que nos pasaba la cena a través de la verja de la única ventana que teníamos. A decir verdad, mi aya sorda me gritaba a menudo en el oído no sé qué lecciones de moral, pero la entendía tan poco como si estuviera tan sorda como ella, pues me hablaba de los deberes del matrimonio y no me decía lo que era. A menudo también mi criada tartamuda se esforzaba en contarme alguna historia, asegurádome que era muy divertida, pero como era incapaz de legar a la segunda frase se veía obligada a renunciar y se iba tartamudeándome excusas, de las que salía tan mal parada como de su historia.

»Ya os he dicho que había un señor que venía a verme una vez cada año.

Cuando cumplí quince años, este señor me hizo subir a una carroza con mi dueña. Hasta el tercer día no descendimos de ella, o mejor dicho, hasta la tercera noche, pues la tarde ya estaba muy avanzada. Un hombre abrió la puerta y nos dijo: Estáis en la plaza Bellecour, y ésta es la casa del preboste Jacques de la Jacquière. ¿Dónde queréis que os conduzcan?»

«Entrad por la primera puerta cochera, la siguiente a la del preboste», respondió mi aya.

Aquí el joven Thibaud prestó más atención, pues realmente era vecino de un gentilhombre llamado el señor de Sombre, que tenía fama de tener un carácter muy celoso.

- Entramos -continuó Ordaline- por la puerta cochera y subí a unas habitaciones grandes y hermosas. Después llegué, por una escalera de caracol, a una torrecilla muy alta cuyas ventanas estaban tapadas con una tela verde muy gruesa. Por lo demás, la torrecilla estaba bien iluminada.

Mi dueña me dijo que me sentase y me dio un rosario para que me entretuviera; después, salió y cerró la puerta con llave.

» Cuando me encontré sola, tiré el rosario, tomé unas tijeras que llevaba en el cinturón a hice una abertura en la tela verde que tapaba la ventana.

Entonces vi, a través de la ventana de una casa vecina, una habitación bien iluminada en la que estaban cenando tres caballeros con tres chicas.

Cantaban, bebían, reían y se abrazaban...

Ordaline refirió todavía más detalles con los que Thibaud estuvo a punto de reventar de risa, pues se trataba de una cena que había tenido con sus dos amigos y tres señoritas de la ciudad.

-Estaba muy atenta a todo lo que pasaba -continuó Ordaline-, y cuando oí abrir la puerta, cogí rapidamente el rosario en el momento en que entraba mi dueña. Me tomó otra vez de la mano sin decirme nada y me llevó de nuevo a la carroza. Llegamos, después de un largo trayecto, a la última casa del arrabal. Aparentemente no era más que una cabaña, pero el interior era magnífico, como podréis comprobar si el negrito encuentra el camino, pues veo que ya ha conseguido lumbre y encendido el farol.

-Bella extraviada -interrumpió Thibaud, besando la mano de la joven-, hacedme el favor de decirme si vivís sola en esa casita.

-Sí, sola -respondió la dama-, con este negrito y mi aya. Pero no creo que ella pueda venir esta noche. El señor que me llevó a la choza anoche me ha enviado recado hace dos horas para que fuera a verle a casa de una de sus hermanas; pero como no podía enviar su carroza, que había ido a recoger a un sacerdote, nos dirigíamos a pie a esa casa. Alguien nos paró para decirme un piropo; mi dueña, que es sorda, creyó que me estaban insultando y le respondió con insultos. Vino más gente y se mezcló en la pelea. Tuve miedo y huí. El negrito corrió detrás de mí; se cayó, su farol se rompió, y entonces, señor, tuve la fortuna de encontraros.

Thibaud iba a responderle con alguna galantería cuando llegó el negrito con el farol encendido. Se pusieron en marcha y llegaron, al final del arrabal, a una choza solitaria cuya puerta abrió el negrito con una llave que llevaba en el cinturón. Había muchos adornos en el interior, y, entre los muebles preciosos, se podían apreciar sobre todo unos sillones de terciopelo negro con franjas de oro y una cama de moaré de Venecia. Pero todo esto apenas llamaba la atención de Thibaud, que sólo tenía ojos para la encantadora Ordaline.

El negrito puso la mesa y preparó la cena. Thibaud se dio cuenta entonces de que no era un niño, como había pensado al principio, sino una especie de viejo enano negro con una cara de lo más fea. El hombrecillo trajo una fuente de plata dorada con cuatro apetitosas perdices y un frasco de excelente vino. Enseguida se sentaron a comer. Thibaud no había terminado de beber y comer cuando sintió que un fuego sobrenatural corría por sus venas. Ordaline, por su parte, comía poco y miraba mucho a su invitado, a veces con una mirada tierna a ingenua, y otras con unos ojos tan llenos de malicia que el joven estaba casi atemorizado. Finalmente, el negrito vino a quitar la mesa. Entonces Ordaline cogió a Thibaud de la mano y le dijo:

Hermoso caballero, ¿cómo queréis que pasemos nuestra velada...? Se me ocurre una idea: ahí hay un gran espejo. Hagamos muecas como solía hacer en el castillo de Sombre. Me divertía mucho viendo que mi aya estaba hecha de forma diferente a mí; ahora quiero saber si estoy hecha de forma diferente a vos.

Ordaline colocó dos sillas delante del espejo, tras lo cual, quitó a Thibaud la gorguera y le dijo:

-Tenéis el cuello más o menos como el mío, los hombros también, pero en cuanto al pecho, ¡qué diferencia! El mío era así el año pasado, pero he engordado tanto

que ya no puedo reconocerme. Quitaos el cinturón..., el jubón..., ¿por qué tantos cordones...?

Thibaud, que ya no podía contenerse más, llevó a Ordaline a la cama de moaré de Venecia, y se creyó el más feliz de los hombres... Pero esta felicidad no duró mucho... El desgraciado Thibaud sintió unas garras agudas que se hundían en su cintura... Gritó: «¡Ordaline!» Pero Ordaline ya no estaba entre sus brazos... En su lugar no encontró más que un horrible conjunto de formas horrorosas y desconocidas...

-No soy Ordaline -dijo el monstruo con voz formidable-; ¡soy Belcebú! Thibaud quiso pronunciar el nombre de Jesús, pero el diablo, que lo adivinó, le atenazó la garganta con los dientes y le impidió pronunciar el nombre sagrado...

Al día siguiente por la mañana, unos campesinos que iban a vender legumbres al mercado de Lyon oyeron unos gemidos en una chabola abandonada que había junto al camino y que era utilizada como vertedero. Entraron y encontraron a Thibaud tumbado sobre una carroña medio podrida. Lo colocaron sobre los cestos y le llevaron así a casa del preboste de Lyon.

El desdichado de la Jacquière reconoció a su hijo... Le metieron en la cama y pronto recobró el conocimiento. Entonces dijo con voz débil:

-Abrid a ese santo ermitaño.

Al principio no le comprendían, pero finalmente abrieron la puerta y vieron entrar a un venerable religioso que pidió que le dejasen solo con Thibaud. Oyeron durante mucho tiempo las exhortaciones del ermitaño y los suspiros del desgraciado joven. Cuando dejaron de oírlas, entraron en la habitación. El ermitaño había desaparecido y encontraron a Thibaud muerto en la cama con un crucifijo entre las manos.